

Pequeño anecdotario íntimo de la biblioteca de don Julio de Urquijo

por

M. Ciriquiain-Gaiztarro

El sanctasanctorum.

La biblioteca de don Julio de Urquijo ofrece a todo enamorado de los estudios vascos, una atracción especial, casi un embrujo; están en ella, la ciencia y la quimera, la historia y la leyenda, la verdad y el mito; las obras ponderadas y escrupulosas de los sabios auténticos y las iluminadas de los «paradisíacos» que en su encendido amor al País, creyeron ingenuamente que estuvo en él, el Paraíso Terrenal y que Adán y Eva hablaron el vascuence. Es el *sanctasanctorum* de nuestra tradición erudita. Y no es que esté cubierta con un velo, hayan de hacerse abluciones a la entrada, o sea preciso haber sido ordenado sacerdote del saber para encontrar acceso; la fina cortesía y liberal hospitalidad de su director y propietario, abren la puerta, al instante, con solo llamar levemente, aunque sea con los nudillos.

Pero es que en su religioso recinto, se halla guardado ese minúsculo devocionario que en un alarde de longevidad, ha sobrevivido a todos sus hermanos, para dar fe de una edición intrascendente y lejana; y el libro raro buscado afanosamente por tantos y solo encontrado por él; y el volumen audaz que desafía la petulancia de un homónimo que desde el British Museum dice jactanciosamente que no tiene dúplica; y uno de los doce ejemplares que por desconcertante bibliomanía hizo imprimir, de algunas de sus obras, el Príncipe Luis Luciano de Bonaparte, como si hubiera tenido el capricho de ofrendar uno a cada apóstol. Y allí está también, ese libro amado, con cantos y filetes de oro que regalan los reyes destronados, en el destierro; y el que se creía

desaparecido para siempre y fué hallado providencialmente, en un desván, entre unos portarretratos de paja, traídos de Filipinas y el tambor abollado y roto de un asador de castañas. De todos los libros que se han escrito sobre el País y su lengua, hay, si se conserva alguno, un ejemplar, en el *sanctasanctorum*; y, si el último que había, se hizo tierra o ceniza, la prodigiosa erudición de don Julio conoce en qué paraíso o en qué infierno, goza o pena su alma.

El Sumo Sacerdote.

Pero lo más importante de este recogido santuario del saber, es don Julio, el Sumo Sacerdote. Suele estar enfundado en invierno, en un abrigo, indefectiblemente de corte inglés y con un chaquetón largo, en verano. Las manos le tiemblan un poco pero no se le cae el cigarro. De todos modos, por si acaso, tiene otros cigarros ya empezados y prestos a arder de nuevo, en cualquier momento, en una o varias esquinas de la mesa de trabajo, en las palmetas de los ceniceros y en las dos mesitas que, con el tresillo, forman el rincón acogedor donde solemos escuchar su palabra, los amigos, cuando vamos a visitarle. Don Julio no puede trabajar si no inciensan de nicotina, el aire, varios pebeteros a la vez.

El ilustre patriarca de las letras vascongadas que en historia no acepta nada mientras no lo haya visto, revisto y comprobado, acepta la amistad, desde el primer momento y se entrega a ella, con una cordialidad de colegial. Pero, ¡ay!, si después de aceptado, le suena el duro a falso; entonces, toda su fina cortesía parece poca para contener la justa indignación. Mientras no surjan motivos para que ésta se produzca, él y su biblioteca están a la disposición de los amigos con tan efusiva cordialidad que acaso sea un perjuicio para sus trabajos personales, pues aún hoy, que por razón de su avanzada edad, se ve obligado a trabajar con ciertas dificultades, dedica cada día un buen rato a contestar las consultas que tanto desde Europa como desde América, le someten sus numerosos amigos.

El recinto.

Abierta la puerta de la escalera, se entra en el vestíbulo; un arcón de cuero, con sus iniciales J. de U., una panoplia sobre él, con una vieja armadura y, lo demás, libros, libros que nos salen a recibir; libros, libros que se suben por las jambas de las puertas y se encaraman sobre los dinteles; libros que se corren por los pasillos, libros que están al alcance de la mano, libros que no se pueden coger porque se dan con la cabeza en el techo; libros, libros; libros con cubiertas viejas, de pergamino, libros de piel, del siglo XVIII, con nervios y letras doradas, libros más modernos, del XIX, sin nervios y con tejuelo, libros con encuadernación de tela, libros sin encuadernar, de papel, solo de papel desde la cruz a la fecha. Pero todo libros, libros; no cabe duda que estamos en la antebiblioteca de don Julio.

Una puerta empanelada de cristales prensados y entramos a la Biblioteca misma. Como es natural, siguen los libros, mejor dicho, empiezan, pues los del vestíbulo y los pasillos son, el resto, los que no han cabido dentro. Ocupan todos los lienzos de las paredes salvo los vanos de las puertas, los dos huecos que dan al exterior, uno a la calle de Prim y otro, de tres ojos, a la plaza del Centenario, y un pequeño nicho ocupado por la copia de una Virgen de un mayorazgo familiar, coronada de libros.

En el testero, y sobre ellos, su título de Doctor Honoris Causa, de la Universidad de Bonn, firmado por W. Meyer-Lübke, en 21 de mayo de 1924 y el de «Amigo Director» de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País. De bajo, la mesa de trabajo, repleta de libros, carpetas y papeles y la silla, una «silla de parir» de tres patas cruzadas, igual a las que exigían las comadronas vascongadas en los partos difíciles y a la que descubrió Lecuona, en sorprendente hallazgo, en un convento de frailes. Dos retratos grandes encima de una mesa, con cariñosas dedicatorias autógrafas, de los retratados, don Carlos de Borbón y su hijo don Jaime y, colgados de uno de los pies derechos de la estantería, dos marquitos conteniendo dos históricos documentos sobre la biblioteca; el uno, con el membrete impreso de «Comisaría de Or-

den Público de Guipúzcoa» dice: «La Diputación de Guipúzcoa se incautará de la biblioteca de don Julio de Urquijo que representa un valor histórico de primera categoría para la historia del País. San Sebastián, 2 de agosto de 1936»=firmado y rubricado. Y el otro: «Por Orden del Comisariado de Orden Público del Frente Popular de Guipúzcoa, queda incautada la biblioteca existente en esta casa. San Sebastián, 3 de septiembre de 1936»=firmado y rubricado. Recuerdos de unos días angustiosos.

Y libros, libros; pero no cogidos de aluvi6n, sino uno a uno, después de haberles mirado y remirado de la portada al colof6n y de haber consultado minuciosamente tanto el Allende Salazar, el Vinson y el Sorrarain, como las documentadas notas de su bibliografía personal, pues don Julio tuvo, desde el primer momento, su fichero de bibli6filo.

La primera piedra.

Las primeras piezas de su biblioteca, no las adquirió don Julio para sí, pues todavía no se le había despertado la gran inquietud de fil6logo, historiador y bibli6filo que después había de animar toda su vida de trabajo, aunque alguna chispita anunciara ya, la hoguera que ardería más tarde en su interior, pues seducido por el canto de sirena del sacerdote Schleyer, que en su afán universalista acababa de inventar el volapuk, para que pudieran entenderse todos los hombres de la tierra, se dió a él con tal fervor de catecúmeno que escribió, en su propia salsa, un folleto, hoy rarísimo, de la siguiente portada: *Konils Volapükik | pelovepolöl(s) | ja | Volapükels Dijik | e | Pekonletöl(s) | ja | Julio Gabriel de Urquijo e Ibarra | löpitidel vpa | y*, como es natural, algún libro adquiriría para documentarse en forma. Pero esta primera aportación no tiene hoy valor en su biblioteca; don Julio es hombre de realidades; la que cuenta como primera es *«A comparative Grammar of the sanscrit, zend, greek, latin, lithuanian, gothic, german and slavonic languages»*, del profesor F. Bopp; Ed. London: Mulden and Malcolm, 1845, en cuatro tomos que adquirió en Londres para que la estudiara el P. Cejador, a la sazón profesor suyo.

en la Universidad de Deusto. Esto era entre los años 1887 a 88. En la misma época y con igual propósito de que sirviera a la insaciable curiosidad de Cejador, compró los seis tomos del «*Catálogo de las lenguas de las Naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*» por el Abate don Lorenzo Hervás y Panduro»; Imp. de la Administración del Real Arbitrio de la Beneficencia. Madrid, 1800.

Y, lo que son las cosas, muchos años después, cuando Cejador publicó sus memorias, lo llamó mal discípulo y desagradecido; y, todo, porque don Julio que llegó a tener como nadie el sentido del vascuence, no aceptaba y menos las podía recoger en la R. I. E. V. las alegres ideas de Cejador que, discípulo a su modo, de Astarloa, creía que todas las lenguas procedían del vasco. Claro, don Julio ya no estudiaba volapuk.

La tentación de Bonaparte.

Pero entre el P. Cejador y el volapuk, la mocedad de don Julio se iba abriendo, en la vida escolar de Deusto, clarividente de futuros destinos, hacia metas concretas. Y como supiera que el Príncipe Luis Luciano de Bonaparte había hecho unas ediciones extrarreducidas, de algunos Evangelios, en distintos dialectos de la lengua vascongada, se sintió atraído por el embrujo de su tentación y, ni corto ni perezoso, con la impetuosidad de sus buenos dieciséis o diecisiete años, se dirigió al Príncipe, tratándole de Alteza, claro está, suplicándole que le vendiera un ejemplar de cada una de sus rarísimas ediciones. El príncipe, muy fino, le contestó atentamente, diciéndole que no le era posible acceder a sus deseos: él hacía estas ediciones para sabios nada más. Y, en efecto, del Evangelio de San Mateo, lo mismo de la edición en dialecto bajo navarro, que en suletino, hizo doce ejemplares tan solo. Don Julio de Urquijo, no era sabio todavía, ni siquiera había publicado aún su folleto en volapuk, y no siéndolo, doce ejemplares eran muy pocos para que pudiera corresponderle uno, aunque se hubiera atrevido a escribir personalmente al Príncipe tratándole de Alteza.

Pero esto era entonces, porque poco después, le compraba al famoso librero de Londres, Mr. Quaritch, nada menos que dos ejemplares de las rarísimas ediciones del Príncipe Luis Luciano, uno de *L'EVANGILE | selon saint Mathieu, | sur la version de M. Le Maistre de Sacy, | traduite en langue basque, | dialecte basnavarrais, | par | M. SALABERRY (d'Ibarolle), | pour le prince Louis-Lucien Bonaparte. | — | Bayonne | Vve. Lamaignère | . 1856;* contiene una certificación de la casa impresora que declara que se han hecho de ella, doce ejemplares, diez numerados, con los nombres de las personas a quienes van dedicados y, los otros dos, sin numerar; el uno sobre papel «*grand-velin raisin*»; el otro, debía ser para el Comendador. El segundo ejemplar comprado por don Julio es «*LE SAINT EVANGILE | de | Jesus-Christ | selon Saint Mathieu; | traduit en basque souletin | par | l'abbé Inchauspe, | pour le prince Louis-Lucien Bonaparte. | — | Bayonne. | Imprimerie de Vve. Lamaignère née Teulières, | rue Pont-Mayou, 39 | 1856;* del mismo número y características que el anterior, con la única diferencia de que uno de los dos ejemplares sin numerar, de éste, tenía las letras iniciales de cada capítulo, estampadas en rojo. Los adquiridos por don Julio en casa del librero inglés, ni están numerados, ni el uno está tirado en papel «*grand-velin raisin*» ni el otro tiene las iniciales de los capítulos, en rojo. ¿Serán acaso el ejemplar 12 innumerado y anónimo de ambas ediciones? ¿quizá un 13 clandestino, con que la viuda de Lamaignère quiso burlar la bibliomanía del príncipe? Misterios editoriales.

El «Gvero».

En la biblioteca de don Julio se encuentra, claro está, un ejemplar de la edición príncipe del famoso libro de Pedro de Axular, tenido por todos como la obra maestra de la literatura vasca; mejor dicho, no uno, sino dos. Julien Vinson, en su «*Essai d'une bibliographie de la langue basque*» decía de ella que sólo conocía seis ejemplares, uno, del Príncipe Luis Luciano de Bonaparte, que luego pasó a Chicago; otro, en muy mal estado de conservación, en propias manos del bibliógrafo francés; los tercero y cuar-

to, en los anaqueles de unos aficionados de San Sebastián y Mauléon; el quinto, en casa de W. J. van Eys y, el último, en la biblioteca municipal de Pau. Cuando don Julio leyera esta nota erudita de Vinson, se le afilaría el deseo por tan codiciada posesión. ¿Habría un séptimo ejemplar que no conociera el antiguo bibliotecario de la Sociedad Antropológica de París?; ¿se desprenderían de él, alguno de sus privilegiados poseedores? No era fácil esta última hipótesis y, don Julio pensaría obsesivamente, en la primera. Pero en el 1884 había fallecido en San Sebastián don José de Manterola, que no era otro que el «aficionado» donostiarra referido por Vinson como uno de los afortunados poseedores del «*Gvero*». ¿Querrían conservarlo sus familiares? He aquí una de las inquietudes de Urquijo, en aquella época. Pocos años después, estando en San Juan de Luz, tuvo conocimiento de que los herederos del fundador de *Euskal-erria*, se disponían a vender la biblioteca del muerto. A don Julio le faltó tiempo para tomar el coche, ese coche primitivo, renqueante y estrepitoso que tanto había de servirle en sus búsquedas de bibliófilo, y venir a San Sebastián a personarse en la almoneda. No hizo más que entrar en la biblioteca en liquidación y los ojos se le fueron al codiciado libro del párroco de Sara. No se había engañado; allí estaba, era el del «aficionado» de Vinson. Sí, el *Gvero*, el *Gvero*, no el *Gueroco guero*, (2.^a edición); bien claro lo decía la portada: *GVERO / BI PARTETAN / partitua eta berecia / LEHENBICICOAN / etc. etc. y, luego, el pie, BORDELEN / G. Milanges Erregueren Imprima / Çaillea baithan / M. DC. XLIII*. No había motivo de duda. Su amor al viejo libro del ascético de Urdax, del que había de dar, luego, tantas pruebas, le conmovió en lo más hondo de su bibliofilia. Había allí, también, otros muchos libros de temas vascongados, algunos de positivo interés pero, en aquel momento, obseso en su deseo, el único que le atraía irresistiblemente era el de la edición príncipe del Axular. Como sabía que estaba en venta, ofreció: daba por él quinientas pesetas; pesetas de las imperiales, de las anteriores al desastre del 98. Un buen precio, pues el último ejemplar que se había vendido, en 1873, había alcanzado una cotización de 420 francos, francos depreciados, de los de después

de la guerra del 70. No estaba mal; pero los albaceas del autor del «*Cancionero*» rechazaron la oferta; no querían vender los libros, uno a uno, sino la biblioteca en lote, y pedían por ella dos mil pesetas. En aquella época, y para una compra de libros, era una cantidad casi astronómica. Pero don Julio sacó la cartera y pagó lo que le pedían.

Dueño de la biblioteca, y ayudado por los familiares de Mantrola, fué bajando al coche que tenía en la puerta, los libros que acababa de comprar. Cuando llenó el vehículo renunció a los que no cabían en él; para dos mil pesetas ya eran bastantes. Acaso sospechaba lo que con el tiempo habían de bajar las pesetas y subir los libros. Terminada la estiba, metió varias piedras de acetileno en el depósito, hizo la aguada, encendió con una cerilla los mecheros de los faros, se puso el guardapolvo y la visera, dió unas cuantas vueltas a la manivela, se sentó a la delantera del coche y tras accionar, repetidas veces, distintas palancas que tenía detrás, delante, a derecha e izquierda partió «raudo», camino de San Juan de Luz, con un estrépito infernal y una humareda de aceite quemado, de dos mil demonios. Pero se llevaba el *Gvero*, uno de los seis ejemplares; ¿de los seis únicos?

No; pocos años después, en el 1909, el propio don Julio, (R. I. E. V., Tom. III), habla de nueve conocidos, más dos que él descubrió en Navarra, y de los cuales compró uno. Todavía, el mismo Urquijo había de descubrir y comprar otro ejemplar, en Pau, perteneciente a un sacerdote de San Juan de Luz, que por cierto ofrece la particularidad de tener tachadas, con tinta, todas las palabras que puedan tener un sentido obsceno.

De forma que don Julio llegó a poseer tres ejemplares del verdadero *GVERO*, uno de los cuales vendió, para pagar con el importe de su venta, los clisés que hubo de hacer para la edición facsímil del mismo, que publicó la R. I. E. V. en el año 1910 y siguientes, y gracias a cuyo desprendido gesto de mecenas, somos hoy muchos los que podemos tener en nuestras bibliotecas si no el autentico *GVERO*, si un volumen de una edición gemela en la apariencia e igual en el encanto.

Política y libros.

Aunque en las campañas electorales pudiera creerse otra cosa, don Julio es y ha sido político; diputado a Cortes en varias legislaturas, se vió obligado, como es natural, a recorrer los pueblos de su distrito, a hablar con los electores, a interesarse por sus problemas y a tratar de resolverlos, en lo que pudiera. Sin embargo, había entonces quien creía—¡mal pensado!—que cuando don Julio recorría los pueblos de su distrito, en víspera de la elección, le interesaba mucho más encontrar devocionarios y libros antiguos, que promesas de sufragio. Una vez, varios amigos suyos pensaron darle una broma y tomar café a su cuenta; y, ni cortos ni perezosos, subieron al desván de la casa de uno de ellos, buscaron entre los trastos viejos y, como vieran en el suelo, un cuaderno roto y empolvado, dijeron: «éste, éste; le pediremos dos pesetas y tomaremos café; ¡lo que nos vamos a reir!». Y, en efecto, cuando don Julio, después de haber «trabajado la elección», durante toda la mañana, almorzaba tranquilamente en la fonda de la pequeña villa guipuzcoana, se le presentó en el comedor, un golfillo con el cuaderno empolvado y roto en la mano, para decirle si lo quería comprar en dos pesetas, que eran precisamente las que aquellos buenos señores necesitaban para consumir la broma proyectada y tomar café a cuenta de don Julio. En aquel momento lo estaban tomando, abriendo amplio crédito a la «chifladura» de Urquijo. Lo que seguramente no sabían ellos es que don Julio les hubiera pagado muy a gusto no solo el café, sino varias copas de coñac francés y un habano de los de tarde de toros, pues el cuaderno empolvado y roto, que para gastarle una broma le querían vender en dos pesetas, era nada, ~~menos~~ más que *El borracho | burlado, | Opera- | cómica, | en castellano, | batcuence | escrita | y puesta en música | por un caballero | guipuzcoano |*. ¡El Borracho burlado! ¡el libro que Vinson no conocía! pues cuando lo anotó en su bibliografía tuvo que apoyarse en la referencia que daba Manterola en el tomo VII de «*Euskal-erria*».

Claro que alguna razón tenían los amigos para la broma en que salieron embromados, pues parece ser que cuando don Julio

recorría los pueblos de su distrito, después de dar a sus agentes las instrucciones electorales del caso, les decía también que si sabían de alguna casa o caserío, que tuviera en el desván, libros en vascuence o encuadernados en pergamino, que les hicieran saber a sus dueños que él los compraba todos, cualesquiera que fuesen, a cinco pesetas. Pero esto no quiere decir que no se ocupara de los problemas políticos de sus electores; lo cortés no quita a lo valiente.

Mas no acaba aquí la estrecha relación que las actividades políticas de don Julio guardaron, en todo momento, con las del bibliófilo. En efecto, en cierta ocasión, su suegro, el *leader* carlista, Don Tirso Olazabal, les comisionó a él y a uno de sus hermanos políticos, para que fuesen a uno de los pueblos de la provincia y tratasen de cauterizar la fricción que se había producido en él, entre dos figuras destacadas del partido. Investidos de sus poderes, se fueron los dos a cumplir el cometido que se les había encomendado, pero fuera que a don Julio no le hiciera demasiada gracia eso de arreglar líos locales o porque sintiera una corazonada de bibliófilo, el hecho fué que puso todas sus facultades en manos de su coembajador y él se quedó en la calle, «a dar una vuelta por el pueblo», mientras su cuñado libraba la batalla política. Cuando terminó las negociaciones y salió a buscar a su hermano, se encontró con que éste tenía trece devocionarios en el coche. Uno era el *Dotrina | Christianaren | Explicacioa | Villa Franca Guipuzcoaco | onetan euscaraz itcegutendan moduan | Erri Noble onen instanciaz - escritu | ceban beraren Vicario eta Capellaw | D. JOSEPH OCHOA de ARINEC, | Pueblo onetaco Aurrary iracasteco. | Dedicatzen dio | Erri ilustrate oni Cartilla au. | Eta | Villa Francaco Erriac consagratzen dio bere | Patrona - Soberana | Maria Santissima Assumpciocoari | Urte I. H. S. 1713 | Donostian: | Pedro de Ugarte, ren Echean. |*

El hallazgo debía tener mucha importancia, indiscutiblemente; más que las diferencias políticas de los dos prohombres, pues, hablando de él, Vinson, dice: «*Je ne connais que deux exemplaires de ce livre*».

La dúplica de un ejemplar único.

Por los años 1904 ó 1905, don Julio fué a París; de camino, se detuvo en Tours para saludar a su amigo, don Resurrección María de Azcue, que se encontraba allí, dirigiendo la impresión de su famoso Diccionario. Charlaron largamente y, don Resurrección, deseando corresponder a la atención de su amigo, al visitarle, le regaló un pequeño libro en vascuence que había encontrado en una librería de viejo, seguramente. Urquijo agradeció el obsequio y se lo guardó en el bolsillo. Unos días después, ya en París, visitaba al eximio bibliógrafo Vinson. Para entonces había mirado y remirado el librito en cuestión y lo había clasificado también, aunque fuera simplemente en hipótesis. Por eso, en seguida de saludar al ilustre profesor de lenguas orientales, de la Escuela Nacional de Francia, se apresuró a preguntarle, si el libro que anotaba con el número 11, d, en el segundo Tomo de su *«Essai d'une bibliographie de la langue basque»* era tan raro como decía en la nota que lo comentaba. El libro era el *BOUQUETA | lore divino ena | bereciac eta | Duronea apezac | T. P. S. V. Aita | Materren liburuari | emendatuac | Iduquicen Ditue-laric Asthe | guztico egunetaco Offici- | cioac (sic), ungui Confes-satceco | eta errecibitceco molde eder | batequin, bethiereco Kalen- | darioarequin. | (Fleuron) | Bayonan, Piores Dussarrat, | Liburu eguilea baithan | Aprobationerequin. (s. d.: 1693)*; Vinson decía de él que, entonces no se conocía más que un ejemplar: *«Dans son etat actuel, le seul exempl. connu...»*; pero, además, este ejemplar «único», estaba incompleto.

Mr. Vinson se ratificó en lo que había escrito; en efecto, era un ejemplar rarísimo, «único». Lo había descubierto el Príncipe Luis Luciano de Bonaparte y se encontraba, a la sazón, en la biblioteca de la Universidad de Newbarri (Chicago). Entonces, don Julio, sonriente y orgulloso de su posesión, se metió la mano en el bolsillo y sacó el ejemplar que unos días antes le había regalado Azcue, en Tours.

—«Entonces,—le dijo—, ¿qué opina usted, de éste?»

—«Pues que es otro ejemplar del 11-d.» .

El diccionario cuatrilingüe de Joannes d'Etcheverri.

En su búsqueda de libros vascongados, don Julio arribó un día de 1905 al convento de los P. P. Franciscanos de Zarauz; sabía que no perdería el tiempo, pues unos años antes, el vascófilo inglés, M. Dodgson, había publicado un trabajo en «*La Revue de Linguistique et de Philologie comparée*», describiendo varios manuscritos eusquéricos existentes en el viejo convento franciscano. Y, en efecto, allí estaban «*El Doctor Peru Abarca*» de Moguel, «*El verbo regular vascongado del dialecto vizcaíno*», de Zavala y los demás referidos por el inglés; y, también, aunque Dodgson no los hubiera visto, el «*Laburdiri escuararen hatsapenac*» y el «*Escual-Herriari eta escualdun guztici escuarazco hatsapenac latin icahac-teco*», encuadrados en un solo volumen con la inscripción «*Gramática / Bascongada / Del / Dr. Dn. Juan / De Echeberria*». El hallazgo constituía un acontecimiento que, como es natural, fué recogido por las revistas y comentado por los vascólogos; el propio don Julio lo coronó en seguida con la edición de «*Obras vascongadas del doctor labortano Joannes d'Etcheverri*», a la que puso una documentada e interesante introducción.

El nombre del Doctor labortano adquirió vuelo y revuelo en el pequeño mundo de los vascólogos y los bibliófilos. Y, en efecto, cuando don Julio estaba corrigiendo las pruebas de la edición, un semanario de Biarritz publicaba un artículo de Dodgson, dando cuenta de que D. J. M. Sbarbi poseía, en Madrid, un diccionario vasco-latino-franco-español, manuscrito, que acaso fuera el de Joannes d'Etcheverri, que se tenía por perdido. Como era natural, don Julio se apresuró a enviar al Sr. Sbarbi, unas copias fotográficas de alguna página del manuscrito hallado en Zarauz, para que cotejara la letra con el suyo. Del cotejo parecía deducirse que uno y otro fueron escritos por la misma mano; por otra parte, el diccionario contenía palabras que se encontraban en el manuscrito de Zarauz y que en vano se buscarían en otros autores. Todo hacía pensar que el diccionario de Sbarbi fuera el del doctor labortano. En vista de lo cual, don Julio lo compró por correspondencia aun recibéndolo como *probable*.

Poco después Urquijo y Dodgson tuvieron una polémica por motivos lingüísticos y el inglés perdió la flema habitual de los hombres de su raza y le echó en cara a su contrincante que había pagado mucho dinero por un manuscrito que podía no ser de Joannes d'Etcheverri.

Pero don Julio sonrió; sabía que un viaje a Madrid, le hubiera costado tanto; y que un sólo indicio de que pudiera haber un Etcheverri en Madrid, lo hubiera llevado a la corte. Le resultaba más barato comprarlo por correo; y lo era más aún, porque en su interior acaso pensara, aunque por prudencia no lo dijera, que el manuscrito en cuestión tenía todas las trazas de ser auténtico.

El ejemplar único del catecismo de Arzadun.

Hablando de este libro del beneficiado de Durango, don Martín de Arzadun, decía don Julio (R. I. E. V. Tom. I, pág. 84) que «ninguno de los bibliógrafos vascongados modernos ha visto, ni descrito, la edición *princeps* de 1731». Si se sabía de ella era porque el Padre Larramendi la comentaba en su «*Corografía de Guipúzcoa*», con referencia concreta al año de su impresión. El mismo Vinson tampoco debía conocerla, ni aún la segunda de 1758, puesto que al hablar del libro le atribuye—como dice el propio Urquijo—igual título que al de la edición de 1873.

Estas circunstancias animarían fuertemente a don Julio a buscar ejemplares de estas dos primeras ediciones desconocidas de los bibliófilos modernos. Y como quien sabe trabajar y lo hace sin desmayo, acaba por tener buena suerte, él la tuvo y allá por el año 1906, el presbítero durangués señor Bernaola le facilitó un ejemplar de la 2.^a edición de 1758 y, poco más tarde, compraba en un caserío de Lebario, otro de la primera, que ninguno de los vascólogos contemporáneos suyos había visto.

El regalo del Rey desterrado.

Un día del invierno de 1908 al 9, en que don Julio estaba en El Cairo acompañando a don Carlos de Borbón, en su calidad

de Gentilhombre de Cámara, como observara el señor que su servidor se pasaba las mañanas encerrado en la habitación sin ir al golf ni a los otros lugares donde se reunían los turistas calificados, le preguntó que qué hacía en su encierro de anacoreta, contestándole él, que comentar «Los refranes y sentencias de 1596», cuyo estudio apareció en la R. I. E. V. dos años después. Al oírlo, le dijo don Carlos que él también tenía un libro muy curioso de refranes que le enseñaría cuando estuvieran de regreso en Venecia.

Y, en efecto, unos meses después, entró don Carlos en una de las habitaciones que ocupaba don Julio en el palacio de Loredan, con un libro a la mano y le dijo, entregándoselo:

—Toma, lo que te prometí en El Cairo.

Era el *«Refranes o proverbios en Romance que nuevamente colligio y glosso, el Comendador Hernán Núñez: Professor eminentísimo de Rhetorica y griego en Salamanca. Imp. en Salamanca, en casa de Antonio de Lorençana 1578.*

Tiene una dedicatoria escrita y firmada por don Carlos, que dice: «Al Conde de Urquijo como prueba de afecto y del aprecio que le tengo. Carlos, Venecia. 2 de mayo de 1909».

Es un bello ejemplar que contiene también la siguiente nota manuscrita del mismo don Carlos: «Este libro procede de una Biblioteca q'un fiel carlista legó a mi tío Carlos VI (en el destierro Conde de Montemolin) y q'este no quiso aceptar por no perjudicar a los parientes del difunto contentándose con escoger esta curiosa colección de refranes que me entretenía durante mi niñez y q' ahora, a los 70 años de edad recorro con placer. ¿Quién lo tendrá el año 2.218, es decir, dentro de 320 años? ¿Se apreciarán entonces los proverbios, fruto de la experiencia de los pueblos? Carlos. Venecia. Palacio de Loredan 1.898.»

Como es natural, al margen del valor bibliográfico y literario del libro, que lo tiene en alto grado, don Julio guarda por él, la mayor estima de palaciego leal y lo conserva como oro en paño y lo muestra a sus amigos, presentándolo como reliquia cuajada de una pedrería de afectivos e inolvidables recuerdos.

El libro que compró en Venecia.

Don Julio no renunciaba nunca, claro está, a encontrar libros con temas vascongados, allá donde estuvieran; y, como es natural, en Venecia los buscó también. No parecía fácil que allá lograra su propósito; sin embargo, no era admisible que escapara a su erudición la existencia del Vecellio, es decir, el ambicioso «*Habiti Antichi, et Moderni di tutto il Mondo*», con las graciosas ilustraciones de las tocas corniformes de nuestras abuelas y las sabrosas notas «*Habito di donna di Biscaglia*», «*Donna di Bilbao in Biscaglia*», y «*Donna Biscagliana plebea*» que luego había de servirle para un interesante trabajo sobre el tocado corniforme de las mujeres vascas, que publicaría en la R. I. E. V. en el 1922. El ejemplar que adquirió, y que conserva en su biblioteca, es el de una bellísima edición hecha en Venecia mismo, en 1598. Pero don Julio, bibliófilo al fin, no se conforma con un solo ejemplar de cada obra y posee también otros dos, de dos ediciones más modernas.

Coleccionista de Mendiburus.

¿Cuántos Mendiburus habrán pasado por las manos de don Julio, a pesar de su indudable rareza? No es fácil determinarlo porque el propio Urquijo no lo recuerda. Sin embargo el *JESV-SEN | amore-nequeei | Dagozten, | Cembait otoitz-gai, |* impreso en doceavo, no había de ser fácil completarlo, pues no se trata de una obra de dos o tres tomos como la impresa en cuarto, sino de nada menos que once. El propio Vinson decía en su bibliografía que sólo conocía una colección completa de ella, la descrita en 1847, por M. Fr. Michel, y que, entonces, pertenecía al cura de St. Palais, Mr. Ségalas. Claro que desde que Vinson publicó su Ensayo, los bibliófilos buscaron y rebuscaron de firme, por todo el país; y acaso ninguno tan tenazmente como Urquijo quien recorrió, en su coche, pueblo tras pueblo, todos los de la zona eusqueldun para adquirir cuantos libros vascos se le pusieran a tiro. El resultado fué que reunió, aparte de la edición en cuarto, claro

está, y los demás libros del P. Mendiburu, no solo los once tomos de la edición en doceavo, sino tantos ejemplares repetidos de cada uno de ellos, que cuando algún vascólogo estaba a falta de alguno, ya sabía quién le podía completar la colección.

Últimamente, un santo y sabio Jesuíta, el R. P. Miguel Aizpuru, se lamentaba en casa de don Julio de que en la biblioteca de Loyola no estuviera completa, la edición que nos ocupa.

—Pues ¿qué tomos les faltan?—le preguntó don Julio.

—El once,—respondió el Padre.

Don Julio se fué a la biblioteca y volvió al instante con un libro a la mano:

—Tome usted, Padre; que no les digan que no tienen en Loyola, el Mendiburu completo.

El d'Arambillaga.

El ilustre vascólogo no puede ocultar su bibliofilia que tan importante papel ha jugado en la formación de su biblioteca y que, a veces, ha antepuesto a su noble curiosidad—curiosidad de científico, se comprende—, por la filología. Aunque la anécdota no es totalmente inédita, pues él mismo nos ha contado su primera parte, pero no la segunda que ahora se refiere por primera vez (R. I. E. V. Tom. IX, pág. 226), quiero traerla a colación en este trabajo, porque es muy significativa. El conocía, claro está, la nota que bajo el número 38 del primer tomo del Ensayo de bibliografía de la lengua vasca, daba Vinson del libro *Jesu Christoren Imitacionea*, de d'Arambillaga, y sabía, por tanto, que solo aparecían registrados, dos ejemplares de esta edición de 1684. Como es natural, a Urquijo le bailaría el deseo de encontrar un tercero, ya que no había de serle fácil hacerse con ninguno de los dos conocidos, pues el uno pertenecía a la Biblioteca de Burdeos y, el otro, a la de Orleans. En esto, un periódico bilbaíno, correspondiente al 11 de abril de 1916 publicaba un artículo de don Luis de Eleizalde sobre el libro que nos ocupa «El objeto del artículo del señor Eleizalde—cuenta el mismo don Julio—era dar a conocer la palabra *bir-izena* «apellido», empleada por el autor

de los versos copiados (unos manuscritos, estampados en la primera página) que no figura en los diccionarios: pero yo confieso, que lo que más llamó mi atención, al leerlo, fué que el profesor de Vitoria tuviera a su disposición un ejemplar del d'Arambillaga». Era el bibliófilo que, en aquella ocasión, al menos, vencía al lingüista. El resultado, se supone; don Julio se informó de que el libro en cuestión pertenecía a un «cashero», bermeano—Ispizua, por cierto—que terminó, no faltaba más, vendiéndoselo. Pero no a la primera, ni por precio corriente; el bermeano tenía un amigo, marino mercante, que poseía un antejo de largo alcance, traído de Inglaterra en uno de sus viajes, que le producía verdadera envidia. Y cuando don Julio llamó a la puerta del caserío para decirle a Ispizua, que tenía mucho interés en poseer el devocionario de d'Arambillaga, le contestó que él también tenía muchas ganas de tener un antejo como el de su amigo, el marino. Y Urquijo tuvo que hablar con éste para rogarle que le trajera otro igual, en el primer viaje que hiciera a Inglaterra. Así que llegó el catalejo, don Julio se presentó de nuevo en el caserío del bermeano y se lo cambió por el codiciado devocionario. Pero los gemelos eran para el marido, y como la «echecoandre» se quedara muy triste porque a ella no le había llevado nada, Urquijo hubo de echar mano al bolsillo y dejarla unos duros para que se comprara, si quería, unas chambras y un refajo.

Curiosidades.

Don Julio, que además de poseer en alto grado un agudo espíritu crítico para la investigación, tiene también un fino sentido del humor, no podía negarles plaza en su biblioteca, a las obras, impresas o manuscritas de los divertidos arbitristas que han querido resolver todos los problemas históricos, filosóficos y morales, e incluso los teológicos, valiéndose del vascuence que era para ellos, sobre la lengua más antigua del Universo, el unguento blanco que todo lo curaba. Entrar en esta sección, que él llama jovialmente «sección de los vascólogos del Paraíso», es un verdadero viaje a un país fantástico de gnomos y de hadas. Pero claro, es-

to, aun sumamente interesante para la bibliografía, no acaba de ser demasiado serio. Sin embargo, tampoco sería justo que silenciáramos esta sección sin recoger unos botones de muestra siquiera. La historia hay que darla en su anverso y su reverso. Por lo tanto, voy a recoger alguno. Acaso uno de los más curiosos sea el «*LARUROGUEI / Paraphrassis o explicación de / las parábolas o profecías, cet / por medio del idioma vascongado / Obra en extremo curiosa e incomprensible / escrita por el h. de D. J. B. C. / Churruca / Sigue el Psalterio de todos los signos p^a / mayor claridad de su sistema parabólico.*» Tiene una nota firmada por Aizquibel, en 1833 y otra debida, sin duda, a Olaciregui, que dice: «Pudieras advertir al señor Aizquibel que el entusiasta más atareado sobre nuestro idioma bascongado es Churruca padre, vecino de Motrico y que seguramente el que más documentos ha compilado». Don Julio lo tiene desde hace tiempo y no recuerda dónde ni cuándo lo compró. Habló de él en la conferencia «*Les Etudes Basques; leur passé, leur état présent et leur avenir*», que pronunció en el IV Congreso histórico y arqueológico del Sud-Oeste de Francia, y que aparece inserta en el Tom. V, pág. 560 de la R. I. E. V. con una reproducción de la portada del curioso manuscrito.

El Beriain

¿Cuántos ejemplares del Beriain habrán llegado a nuestros días? Sabemos que Larramendi lo conocía, al menos lo citó en el «Diccionario Trilingüe», y también en la «Corografía» en la que reproduce el *Credo*. Pero ¿lo conocía algún otro vascólogo moderno? El Príncipe Luis Luciano Bonaparte, habla de él, mas refiriéndose a las variedades dialectales contenidas en el *Credo* transcrito por Larramendi en la «Corografía». Hay que suponer, pues, que no lo hubiera visto. Sin embargo ofrece para nosotros un interés especialísimo, aparte su singular rareza, pues está impreso en Pamplona en el año 1626. No todos los libros vascongados antiguos iban a ser del otro lado del Pirineo. Es una edición extrarrara, y D. Julio, claro está, posee un ejemplar, acaso el único que se conserva de ella.

El libro que no podía estar en su biblioteca.

Con su admirable tenacidad, el fundador de la R. I. E. V. ha logrado llevar a su biblioteca, muestras de todos los libros vascongados si quedaba un ejemplar de la edición. Poco importaba que Vinson dijera que solo se tenía noticia de uno; don Julio encontraría el segundo y, si era muy difícil, muy difícil, el tercero. Sin embargo, siempre ha de haber excepciones que confirmen la regla y, aquí, las ha habido también. A Urquijo le falta en su biblioteca un libro, mejor dicho, el libro, porque es el libro de los libros de la literatura vascongada, el primogénito, es decir, el *princeps*, el LINGVAE VASCONVM PRIMITIAE, de Mosén Bernard Dechepare, impreso en 1545. De éste no había más que uno, uno auténtico, de verdad; y como estaba, y está, en la Biblioteca Nacional de París, no le ha sido posible comprarlo. Pero don Julio, que ni en historia ni en filología cree nada mientras no se le demuestre en todas y cada una de sus partes, lo que se afirma, ¿aceptaría a la primera que no hubiera más ejemplares del Dechepare que el que se guarda en la Biblioteca de París? ¿No lo habrá buscado en silencio, acaso un poco clandestinamente, en las bibliotecas, en las almonedas y en los desvanes?; ¿no sería ése, en realidad, el que buscaba, cuando decía que iba tras un Lisarraga o un Mendiburu? Seguramente que él no nos lo dirá nunca, pero a mí, difícilmente se me podrá quitar esta sospecha.

Ya me gustaría saber cuántas veces ha ido a la Nacional francesa y ha mirado y remirado el codiciado ejemplar, bajo la obsesionante signatura Y-6194-A. No, no; él no podía resignarse a que no tuviera un hermano este libro marcado en la cubierta con el hierro de «Bibliothèque Royal» rodeando el escudo de las tres flores de lís, bajo la corona; aunque no fuera más que uno... uno.. Claro que no se le ocultaba que no era precisamente un devocionario del siglo XVIII que pudiera hallar en casa de cualquier sobrina nieta de algún cura vascongado; sabía que era un libro de 1545 nada menos. Tampoco escapaba a su erudición y a su espíritu crítico el que el Padre Larramendi no hablara de él, lo que le haría suponer que no lo conocía; ni tampoco Pierre d'Urte ni

Joannes d'Etcheberri, lo que, indudablemente, le desanimaría en su búsqueda pues si estos vascólogos que le habían precedido en afanes no lo habían encontrado, difícilmente iba a poder hallarlo él, doscientos o trescientos años después. Sin embargo, él sabía que Isasti lo conocía cuando escribió su «*Compendio Historial de Guipúzcoa*» (1625). ¿Dónde estaría aquél ejemplar? porque no era de creer que fuera el mismo que hoy se conserva en París. Y como don Julio no tenía constancia documental, indubitable, que el Dechepare que viera Isasti se hubiera perdido, me atrevo a creer que lo buscó afanosamente durante muchos años.

Acaso, acaso, hasta el año 1933 en que se decidió, por fin, a publicar la edición facsímil del *princeps* del libro famoso. Yo creo que fué entonces cuando se dió por vencido en sus propósitos y se resignó a no encontrarlo jamás. De no ser así, antes lo hubiera publicado. Le faltó tiempo cuando descubrió el manuscrito de Joannes d'Etcheberri, en el convento franciscano de Zarauz, para darlo al público en edición fotolítica; tan pronto como tuvo «*El Borracho Burlado*», se apresuró también a reproducirlo; y, al comenzar sus afanes editoriales, dió a la stampa el GVERO, reproduciéndolo en edición fotográfica. ¿Cómo vamos a creer que se olvidara, en estos propósitos, del primogénito de la literatura vascongada? De ninguna manera, don Julio no olvida nunca nada y mucho menos el LINGVAE VASCONUM PRIMITIAE; lo sucedido, a mi juicio—querido y admirado maestro, ¡perdóneme la sospecha!—es que, en su patriotismo, esperaba a que la reproducción se hiciera sin que apareciese en la portada, el sello de la Biblioteca francesa. Pero no pudo ser. Quizá sea éste el único «no pudo ser» en la bibliofilia de don Julio, su único fracaso. Y no se sometió a él, hasta el año 1933; por eso se decidió entonces a hacer su edición facsímil. Y, gracias a ella, don Julio tiene hoy, en su Biblioteca, el Dechepare, con el sello de la Biblioteca Real y las tres flores de lís, en la portada, igual, igual que la Biblioteca Nacional de París.